
Un tema de discusión en la agenda de la comunidad filosófica: la distinción entre profesores, investigadores y filósofos

*A topic of discussion on the philosophical community's agenda: the
distinction between teachers, researchers, and philosophers*

Elías, Carlos Tomás

ct.elias.1h@gmail.com / eliascarlos@hum.unsa.edu.ar

*UNSa - CIUNSa – CONICET – CISEN . Es Profesor y Licenciado en Filosofía
por la Universidad Nacional de Salta y Doctor en Filosofía por la Universidad
Nacional de Cuyo. Además es Becario de CONICET y se desempeña como
Auxiliar Docente en el Profesorado de Filosofía de la Universidad Nacional de
Salta.*

42

Resumen:

Cada vez parece más difícil saber a quién se puede llamar filósofo. La situación de quienes se abocan a la Filosofía dista de la de los otros miembros de una sociedad donde la profesionalización puede determinar parte de su identidad. Así, este trabajo busca reflexionar sobre a quiénes se puede llamar filósofos en la actualidad. Para ello se examinan y repiensen algunas concepciones vigentes en el imaginario académico que en ocasiones suponen resistencias para la identificación de esta figura con gran parte de quienes tienen alguna formación como profesores o investigadores en Filosofía; pero que, en otras, consideran a todo profesional del campo como tal.

Palabras clave: Filosofía; filósofos; profesionales; profesores; investigadores.

Abstract

It seems increasingly difficult to know who can be called a philosopher. The situation of those who devote themselves to philosophy is far removed from that of other members of a society where professionalization can determine part of their identity. Thus, this work seeks to reflect on who can be called philosophers today. To this end, certain prevailing concepts in the academic imagination are examined and rethought, concepts that sometimes hinder the identification of this figure with many of those who have some training as teachers or researchers in philosophy; but which, in other cases, consider all professionals in the field to be such.

Keywords: Philosophy; philosophers; professionals; teachers; researchers.

Introducción

Es curioso el modo en que, en la sociedad contemporánea, las profesiones terminan formando una parte relevante de la identidad de muchos sujetos. En las mismas presentaciones casuales, por ejemplo, los títulos se suelen anteponer al nombre. Pareciera que, con ello, a través de la mención de la preparación recibida y formalmente acreditada ante alguna institución, se tratara de generar una diferencia ontológica o sustancial entre quienes se topan e intercambian un primer saludo cordial.

Se presenta una actitud, posiblemente derivada de la percepción de que hay formaciones con distinta relevancia en el tejido social. Se entiende que no todos contribuyen de la misma manera al entorno en el que están. Por tanto, se considera que hay quienes se posicionan por encima de otros de acuerdo con cómo se entienda la labor que se lleva a cabo y la magnitud de su impacto.

Así, siguiendo los aportes de Benigno Benavides Martínez (2019) desde el campo de la Sociología de las Profesiones, se observa la idea de que:

serán más prestigiosas las profesiones construidas con base en un conocimiento orientado hacia la aplicación práctica con el propósito de resolver problemas, que aquellas que mantengan un cuerpo de conocimientos de corte tradicional y con poca tendencia a la práctica de solución de problemas prácticos. (p. 34)

En un mundo gobernado por lógicas empresariales y productivistas hiperbolizadas, parece inevitable mostrar el modo en que cada quién es útil a su entorno. Es como si los estudios superiores determinaran parcial, aunque valiosamente, quién es cada quien. Puede que, por ello, el que se forma en el marco de alguna Ingeniería se presente como ingeniero, quien se recibe de Geología se llame a sí mismo geólogo y quien tenga un título en Antropología se denomine antropólogo¹.

No obstante, ocurre algo peculiar con quienes siguen el camino de la profesionalización en el terreno de la Filosofía. Hay lugares en los que se entiende a los profesionales en Filosofía como filósofos de pleno derecho. De hecho, hay páginas y asociaciones reconocidas a nivel internacional que permiten observar esta situación. Sin embargo, también hay espacios en los que sucede algo distinto. No son pocas las veces en las que en universidades y eventos académicos se habla de nada más que de profesores e investigadores². No se reconoce que haya filósofos, sino simplemente

¹ Se podría pensar que esto es parte de un conjunto de estrategias destinadas a la reafirmación de los sujetos al interior de los grupos profesionales a los que pertenecen y que conforman parte de sus identidades. Siguiendo a María del Pilar Blanco Echeverry (2022), "diferenciarse de las 'otras profesiones implica que los sujetos' reconocen en su profesión una serie de rasgos distintivos, características o estilos que definen de una u otra manera la especificidad de su grupo con respecto a otros" (p. 439).

² Bajo el rótulo de investigadores se engloba a todos aquellos que tienen un grado general, que cursaron una licenciatura o que hicieron alguna carrera de posgrado en Filosofía. Se hace referencia a quienes tuvieron una preparación fundamentalmente orientada a cuestiones investigativas.

profesionales formados en Filosofía. Así, se presenta un problema tanto identitario como nominal.

Ante esto, naturalmente, emerge una constelación de interrogantes: ¿Qué se supone que es un filósofo? ¿A qué se debe la disparidad? ¿Cuáles son los criterios para determinar que alguien (no) lo es? ¿Por qué muchas veces un profesor en Filosofía no se considera de esa manera? ¿Por qué, en ocasiones, un investigador en Filosofía se suele llamar investigador y no filósofo? ¿La profesionalización en el campo de la Filosofía no puede producir filósofos por sí sola? ¿Qué otros elementos podrían ser necesarios? ¿Por qué?

Partiendo de consideraciones de esta naturaleza, este trabajo busca reflexionar sobre el motivo por el cual hay contextos en los que la categoría de filósofo se emplea de manera disímil, con la esperanza de contribuir a que la comunidad filosófica se siga repensando a sí misma y a sus prácticas. En este sentido, no se pretende obturar ninguna discusión. Por el contrario, se busca seguir abriendo intersticios para el pensamiento.

Sobre las relaciones entre identidad personal y profesionalización

Como puerta de entrada para acercarse al tema planteado, resulta interesante revisar las relaciones entre identidad y profesionalización en el mundo contemporáneo. El abordaje de la cuestión permitiría guiar el camino a seguir, esclareciendo el macro contexto en el que se encuentran quienes se dedican a la Filosofía y al quehacer filosófico. Se estima que con esto se podría proveer de un buen marco a este estudio.

Uno de los tópicos más candentes al interior de la Filosofía tiene que ver, sin lugar a duda, con la cuestión de la identidad personal. Tanto la Filosofía Oriental como la Occidental se preguntaron largamente por el tema. Entre el amplio rango de interrogantes estuvieron aquellos orientados a la búsqueda de los elementos distintivos o característicos de cada quién, lo

eminentemente constitutivo del ser humano en comparación con lo no humano y aquello que permitiera que uno se mantuviera siendo quien es pese al conjunto de cambios que pudiera atravesar, entre otras más (Olson, 2023).

Ahora bien, es provechoso trazar una relación entre la identidad personal y la profesionalización. “La gente no se crea a sí misma a partir del aire; más bien, todo lo que es posible, lo que es importante, lo que necesita ser explicado viene del contexto social -de lo que importa para otros” (Oyserman, Elmore y Smith, 2012, p. 76)³. En este sentido, la profesión juega un papel fundamental. No en vano en la actualidad se habla de identidad profesional y distintos estudios prestan atención a este concepto.

Si bien hay autores que estiman que el trabajo en general y las profesiones en particular perdieron la solidez y sentido de los que gozaron años atrás (Bauman, 2000; Benavides Martínez, 2019), no se puede negar que mantengan su relevancia efectiva. En un medio como el actual, que todavía mantiene discursos asociados a la idea de progreso y se inclina hacia políticas neoliberales, se establecen importantes distinciones según qué tan útil puede ser alguien y los modos en que se presenta en relación con las leyes de oferta y demanda que operan en el mercado. Existe un juego de valoraciones que en algún punto se ve reflejado en los salarios y en los discursos políticos hegemónicos.

Dado que los sujetos construyen su identidad a partir de lo que es relevante para otros, el trabajo, y más específicamente la profesión, ocupan un lugar significativo en los grupos humanos. Allí reside una de las claves para entender la posición de cada uno en el mundo. No en vano se puede aseverar que “en nuestra sociedad, el término ‘profesional’ es un término de respeto.

³ La traducción es propia.

Los profesionales son más valorados que otros trabajadores” (Jaggar, 2012, p. 162)⁴.

Sin embargo, no todas las profesiones se construyen de la misma manera y lo mismo sucede con quienes se insertan en ellas. A la luz de esto, es prudente retomar algunas consideraciones que llevan a cabo distintos estudios de corte sociológico que contemplan el carácter poliédrico del tema. Según estos, “la identidad profesional se ubica en ese marco, donde lo social y lo personal confluyen para dar origen a una construcción compuesta por modelos profesionales, procesos relacionales y procesos biográficos continuos” (Blanco Echeverry, 2022, p. 427). Así, en materia de profesiones se construyen identidades desde un lugar tanto personal como grupal.

La identidad individual tiene que ver con los cuestionamientos de los sujetos acerca de lo que son en términos generales y, más precisamente, como profesionales. Se vincula con las consideraciones que cada quién tiene sobre sí mismo al interior de su profesión. La identidad grupal, en cambio, está asociada a una concepción cargada de diversos supuestos y expectativas. Es algo que se forma a través de la percepción tanto de los propios profesionales como de la que puedan tener sujetos externos (Fitzgerald, 2020; Heled y Davidovitch, 2021).

A partir de la confluencia de estos vectores se determina qué tan importantes son ciertos profesionales, las prácticas que les corresponden y ciertos estereotipos. Aunque claro, esto puede variar de acuerdo con el tiempo y el espacio desde los que uno se posicione. Después de todo, tanto los sujetos como sus entornos cuentan con una dinámica que no permite estaticidad alguna.

⁴ La traducción es propia.

Ahora bien, es necesario adentrarse en qué es lo que sucede en el caso de la Filosofía y sus profesionales. Hace falta ver la particularidad del área y sus integrantes. Pero para lograr esta tarea podría ser conveniente hacer énfasis en lo que ocurre en entornos fundamentalmente académicos, en la medida en que suelen tener un papel central tanto para el tipo de conocimiento como para sus adeptos y las prácticas que llevan a cabo.

Incertidumbres propias de la comunidad filosófica

Retomando una postura que se podría considerar clásica, es preciso indicar que se entiende por comunidad filosófica a una comunidad epistémica poco ortodoxa. Esto teniendo en cuenta que, de acuerdo con los planteos de Luis Villoro (1989), una comunidad epistémica puede ser vista como la agrupación de determinados sujetos entre los que circulan saberes específicos y que cuentan con cierto grado de aceptación lograda a través del consenso. Sin embargo, en el terreno filosófico, esto último resulta difícil, si es que no prácticamente imposible.

48

Es ampliamente sabido que para la Filosofía el disenso es algo natural y hasta necesario. Hay multiplicidad de perspectivas en torno a diversos objetos de estudio e investigación. En sus brazos la unanimidad se deja de lado y se celebran tanto las oposiciones como las matizaciones. Si bien podría parecer que hay algunos acuerdos generales, esto no es nada más que una imagen transitoria y sin demasiado sustento. Cuando mucho, es factible encontrar una mayoría de sujetos inclinados hacia ciertas consideraciones, pero no mucho más. Dependiendo de las teorías y líneas interpretativas que se tomen, se presentan panoramas sumamente diferentes.

Una misma situación o problemática puede ser vista a través de distintos cristales. A partir de esto se pueden producir tensiones y confrontaciones mediadas por diálogos en los que se generen aperturas, adherencias y relecturas en relación no solo con lo propio, sino también con lo ajeno. La

posibilidad de la mutación y fluidez del pensamiento está siempre latente, aunque esto no quiere decir que en algún momento todo se vaya a dirigir hacia un mismo lugar.

Ahora bien, conviene volver la mirada sobre los sujetos que conforman la comunidad de la que se viene hablando. Si uno se preguntara por ellos, se podría pensar que hay al menos dos respuestas intuitivas. La primera de ellas, que este grupo está conformado por profesionales con preparación en Filosofía. La segunda, que el colectivo involucra a filósofos. Así, se presentan puntos de vista que en algunos casos son compatibles, pero en otros, irreconciliables.

La situación mencionada se debe a una falta de claridad acerca de lo que se entiende que es un filósofo. A lo largo de los siglos, el concepto de Filosofía fue bastante discutido y cuestionado (Ferrater Mora, 2013). No así el de filósofo⁵. De hecho, esto se puede observar a partir de las presencias y ausencias en las entradas pertenecientes a distintos diccionarios de Filosofía. Ahí se pone de relieve un juego de intereses que coloca más énfasis y cuidado en unas ideas que en otras.

Una de las pocas excepciones a la regla se encuentra en el diccionario que ofrece Mario Bunge (2001). Al hablar del filósofo, este intelectual argentino presenta la siguiente distinción:

En sentido amplio: la persona que se pregunta por problemas filosóficos, que sostiene concepciones filosóficas o que las enseña (...). En sentido estricto: persona que realiza investigación original de problemas filosóficos. Los filósofos originales -como los matemáticos-

⁵ Es probable que distintos pensadores estimaran que trabajando el concepto de Filosofía indirectamente se trabajaba el de filósofo. Sin embargo, en cierta forma esto supondría un error. Dejaría demasiados huecos en la medida en que los sujetos podrían tomar un mismo concepto de distintas maneras y, por tanto, encarnarlo de distintos modos. Esto, por supuesto, respondería al hecho de que, aunque hay una conexión entre los conceptos, también hay una diferencia.

inventan nuevas ideas abstractas o descubren relaciones previamente desconocidas entre ellas. (p. 85)

De acuerdo con lo dicho por el autor, el término dispone de distintos sentidos. En sentido amplio, parece referir a una percepción más bien popular, propia de lo que se presenta en las discursividades del común de la gente. En cambio, en el estricto, apunta a algo que tiene que ver con un grupo más restringido y selecto. Aunque claro, esto se encadena a la pregunta por si aquellos que llevan a cabo investigaciones originales se identifican plenamente con profesionales con una preparación en Filosofía.

Frente a este problema, conviene recuperar a otro pensador argentino contemporáneo que podría echar luz sobre el asunto. Según Eduardo Rabossi (2008), hay un álgido debate en torno a cómo se puede entender todo lo relativo a la relación entre profesionalismo y filosofía.

Algunos usan “profesional” para denostar a quienes hacen de la filosofía una práctica excesivamente técnica; es el uso que hace Rorty cuando relaciona a la filosofía profesional con la filosofía analítica. Otros usan “profesional” como sinónimo de “académico” y asocian lo académico con la tradición, lo adocenado, lo esteril y aun lo ridículo. Otros, no admiten que se los considere profesionales porque creen que la misión liberadora que el destino les ha asignado no puede estar sujeta a condicionamientos externos ni supeditada a cánones preestablecidos. (p. 63)

Como se puede ver, hay complicaciones para reducir la categoría de filósofo a la de un mero conjunto de profesionales. Parece que hay algo que escapa a esa tentadora simplificación. No obstante, tampoco sería conveniente caer sin miramientos en la trampa de sostener que un filósofo es nada más que “alguien que hace Filosofía”. Después de todo, eso supondría el despliegue de un abundante caudal de interrogantes ligadas a qué es hacer Filosofía, qué es la Filosofía, qué es el filosofar y si en realidad cualquiera puede hacerlo.

Idealizaciones en torno a la figura del filósofo

Terminado este planteo inicial, conviene tratar lo que se piensa sobre la figura del filósofo. Después de todo, la definición de Bunge es insuficiente. No permite identificar más que algunos detalles propios de determinadas percepciones contemporáneas. Desde esa perspectiva se pone el acento en lo netamente investigativo. Se desconoce lo no sistemático y parece haber un vuelco a lo teórico que desplaza la praxis, pese a sus posibilidades.

Sumado a esto, huelga decir que la cuestión histórica escapa a dicha definición. No se muestran los quiebres ni los cambios producidos con las mareas del tiempo. Se llega a la conclusión de que el filósofo es una especie de estudioso capaz de proveer aportes abstractos, cargados de originalidad al campo de su formación. Sin embargo, una lectura del pasado evidencia algo completamente diferente; exhibe un paisaje caleidoscópico (Bermejo Barrera, 1993).

A grandes rasgos, se podría decir que en la Antigüedad y durante el Medioevo el filósofo era quien, por lo general, buscaba incansablemente la verdad⁶. Luego, con la llegada de la Modernidad, las pretensiones de objetividad absoluta se disolvieron y, en lugar de la verdad, el objetivo pasó a ser la certeza. Además, la Filosofía se desgajó y aparecieron las ciencias en un sentido estricto de la palabra. Con la figura del científico los modos de relacionarse con el conocimiento fueron alterados. Como consecuencia, la idea del filósofo pasó por un giro radical.

Pasados algunos siglos hasta el presente, las pretensiones de cientificidad crecieron con un ritmo feroz hasta ganar un lugar privilegiado en el mundo.

⁶ No se ignora que hubo una maravillosa heterogeneidad en cada período. Sin embargo, basta pensar en lo que sucedía con filósofos griegos como Platón o Aristóteles en la Antigüedad y en cristianos medievales como Santo Tomás o San Agustín para observar lo que se afirma. Incluso, en variados casos esta búsqueda incansable tenía vinculaciones con la política y la ética llegando a considerarse fundamental para la obtención de la felicidad.

La identificación que se tiene entre el investigador y el filósofo, así como la consideración de que debe generar aportes originales, es efecto de esto. Incluso, no es poco frecuente que se trate de subsumir la labor filosófica a la científica sin advertir la especificidad de cada uno de estos campos.

Por supuesto, pese a las alteraciones en los modos de concebir al filósofo, hubo elementos muchas veces repetidos. Uno de ellos fue la excepcionalidad del sujeto. Por lo que se estudia en las universidades de la mano del canon heredado del idealismo alemán (Rabossi, 2008), los filósofos fueron largamente entendidos como personas rodeadas por una especie de halo de sacralidad intelectual difícilmente hallable en la gente “normal”. Usualmente se los describe como seres con una gran cantidad de lecturas y una destacable experticia para mostrar el flujo de sus análisis y reflexiones.

Sin embargo, cuando estas idealizaciones se llevan a cabo y no se hacen las aclaraciones correspondientes, se interioriza la ignorancia sobre el sentido de cuestiones fundamentales tanto de la etimología de la palabra Filosofía como de los clásicos y conocidos orígenes de las distintas áreas de la disciplina. Es decir, esto se puede repetir y explicar de manera impecable; se pueden reproducir casi como si se tratara de un rezo cuidadosamente memorizado, pero sin captar la profundidad de su significado y valor.

Se suele reconocer, al estilo aristotélico, que el hombre es un animal racional. No obstante, en los recortes, selecciones y advertencias que se efectúan en numerosas casas de altos estudios se niega la posibilidad de lo que André Comte-Sponville (2017) entiende como un ser humano normal que pueda definirse como animal filosofante. Cuando en distintos discursos se reconoce como tales a un mero puñado de filósofos, se establece una diferencia con una inmensa mayoría de sujetos que no lo son.

Como dice Alison Jaggar (2012), se puede pensar que lo que sucede se corresponde con una intencionalidad consciente en un marco profesional. Según ella, se suelen generar estrategias para monopolizar saberes y el poder

que esto supone. Hay una búsqueda activa en la que se intenta diferenciar a los filósofos de los no filósofos. Para esto se promueve la idea de que los primeros son quienes atraviesan por algún proceso de profesionalización específico; mientras que los segundos, quienes no.

Como se puede pensar con José Carlos Bermejo Barrera (1993), desde que se instauró la profesionalización de la Filosofía hace aproximadamente dos siglos, se produjeron distintas problemáticas en el área. Entre ellas estuvo, justamente, la de una reducción en el número de quienes eran reconocidos como filósofos. Aunque además de esto, se podría mencionar una reducción en la calidad en los planteos de quienes eran llamados de esa manera. Según sus propias palabras:

Pocos de los grandes filósofos anteriores al siglo XIX recibían un sueldo por filosofar, y podría darse incluso la paradoja de que cuando los filósofos comenzaron a ser reconocidos profesionalmente es cuando se hicieron más mediocres, menos brillantes y más eruditos, por exigencias de la vida académica. (p. 97)

53

Con esto, no faltan situaciones en las que no se piense que el filósofo sea un enamorado o amigo de la sabiduría. Tampoco se cree que sea alguien genuinamente interpelado por el asombro, la duda, las situaciones límite y/o el malestar (Jaspers, 1953; Cerletti y Kohan, 2017). No es quien se plantea preguntas de tono radical que desencadenan una miríada de interrogantes ante las que se queda perplejo y encantado (Cerletti, 2008; Gauna, 2010). En principio, parece que fuera nada más que el sujeto reconocido por la academia y constantemente citado en eventos, libros y papers.

Sobre profesionales en Filosofía y filósofos

Ahora bien, es inevitable deslizarse hacia las consideraciones que hay acerca de los profesionales en Filosofía para lograr profundizar en algunos detalles. Es interesante apreciar las diferencias y similitudes que generalmente se les

suele atribuir en comparación con los filósofos. En definitiva, en el seno de las propias universidades parece estar el fantasma de una especie de conexión entre ellos, aunque con una suerte de presencia algo débil y más aparente que sustancial⁷.

Un profesional se define por oposición a un novato, un principiante o un amateur. Se trata de alguien que tiene una formación que lo habilita a desempeñar ciertas tareas de una manera más o menos experta. Además, esto supone un sentido académico, puesto que se trata de una persona que acreditó sus conocimientos y capacidades ante una institución⁸. Sin embargo, como anticipó, en Filosofía la profesionalización es algo especial.

En este sentido, prestando atención a lo que dice María del Pilar Blanco Echeverry (2022), las “profesiones y la identidad profesional son construcciones sociales, productos de un vaivén entre lo objetivo y lo subjetivo, donde el individuo es quien da sentido a la información y parámetros recibidos de los demás” (p. 431). Tal vez esto explicaría, hasta cierto punto al menos, las razones de una diversidad de modos de comprender a los filósofos al interior de la comunidad filosófica.

Si se sigue con lo dicho y se retoma lo que ya se había mencionado con anterioridad, hay quienes identifican a los profesionales en Filosofía con los filósofos (Herrera Restrepo, 2005; Jaggar, 2012; Andow, 2022). Un primer ejemplo sería el de la *American Philosophical Association* que nuclea a personas a lo largo del mundo que cuentan con una formación en el área y a

⁷ Este tipo de distinciones tienen que ver con los modos y momentos en que se introdujo la institucionalización de la Filosofía en distintos lugares. Como consecuencia de esto, fue muy dispar la forma en que el conocimiento filosófico -junto con sus prácticas y esquemas conceptuales inherentes- se desplegó en las universidades alrededor del mundo (UNESCO, 2011).

⁸ Aunque desde la Sociología de las Profesiones se pueden hallar distintas líneas de pensamiento con perspectivas disímiles sobre qué es un profesional, estos son algunos de sus rasgos comunes (Benavidez Martínez, 2019; Blanco Echeverry, 2022).

las que se llama filósofas. Esto último se puede ver si se presta atención a su página, donde hay una sección titulada “*PhilJobs: Jobs for philosophers*”⁹ que está destinada a mostrar ofertas laborales para quienes tienen formación profesional en Filosofía.

Un caso adicional, se puede pensar con una de las bases de datos y portal de indexación de revistas especializadas más importantes en el campo de la Filosofía: *PhilPapers*. Allí también se puede observar que se reúne a profesionales del área y se ofrece una sección titulada “*PhilPeople*” donde está “*The online community for philosophers*”; un espacio con en el que, como sucede con la *American Philosophical Association*, se identifica de manera directa y sin miramientos al profesional en Filosofía con el filósofo.

El problema con estos espacios es que no se encuentra ninguna justificación para las vinculaciones que sostienen. No hay argumentos que pongan en evidencia la lógica que está en la base de las conexiones que se trazan. Se brinda una relación infundada y se carece de una clarificación conceptual adecuada. Pareciera que se parte de un supuesto naturalizado en el sentido común, pese a que la Filosofía debería evitar algo así.

Incluso, es llamativo el hecho de que cuando se finalizan estudios universitarios en Filosofía, la titulación final no sea la de filósofo. Lo que es más, no son pocos los lugares en los que rara vez los egresados de alguna carrera de Filosofía se refieren a sí mismos como tales. Cuando mucho, se refieren a sí mismos como profesores o licenciados, a veces tratando de

⁹ Es importante señalar que PhilJobs es parte de un proyecto en el que están involucradas distintas instituciones tales como la Universidad Nacional Australiana, la Escuela de Estudios Avanzados de la Universidad de Londres, la Universidad Occidental de Canadá y PhilPapers. Con esto se podría pensar que hay una mirada compartida sobre la relación que se puede entablar entre el profesional en Filosofía y el filósofo, aunque no todas las instituciones incluyen este espacio en sus respectivas páginas ni muestran una asociación tan directa como la de la Asociación Americana de Filosofía.

posicionarse en lugares ontológicamente diferentes pese a poder contar con los mismos años de preparación¹⁰.

Esto, probablemente, por un falso juego de asociaciones instaladas en el sentido común según el cual el profesor tiene un papel reproductor, mientras que el licenciado, teniendo una preparación más marcada en la investigación, cuenta con una capacidad heurística encomiable. Sin embargo, dado que este asunto excede los objetivos de este trabajo, es mejor centrarse en las diferencias que hay entre estos profesionales y quienes son llamados filósofos.

A propósito de lo mencionado, retomando a Alejandro Cerletti (2020):

quien se dedica hoy a la filosofía (...) no es un filósofo sino un investigador que ha objetivado científicamente un área de estudio, recortada y precisa, a la que dedica íntegramente su tiempo como exégeta o filólogo. La filosofía no aborda más las grandes preguntas sobre el mundo o la vida; se dedica a los interrogantes muy específicos del saber ultraespecializado, del mismo modo en que lo hacen las ciencias exactas o naturales. (p. 36)

56

Desde esta perspectiva, la figura del filósofo parece haberse desvanecido por completo. Lo que queda en su lugar es el investigador que, atendiendo a las demandas de hiperespecialización, se encierra en una burbuja y se centra en el estudio de unas pocas temáticas. La pretensión de indagar en la realidad en su conjunto -como era propio del espíritu filosófico original- se vuelve algo mal visto si es que no imposible. Sumado a esto, la Filosofía debe adaptarse al ritmo de sus vástagos; esto es, las ciencias.

¹⁰ Se sabe que hay ofertas académicas en las que se requieren menos años de cursado para la obtención del título de profesor que para el de licenciado. No obstante, esto ocurre en sólo algunos casos y no refleja -necesariamente- el grado de preparación real de los sujetos

Los estudiosos de la Filosofía, al igual que otros más, se encuentran sumidos en la vorágine de demandas multilaterales. Son simples asalariados que deben publicar fría y convenientemente¹¹. Es como si ya no importara el estremecimiento ni hubiera tiempo para pensar en profundidad, experimentando sensaciones que podrían resultar impactantes. Ahora sólo queda lo que Rita Segato llamaría el “cálculo suicida para el pensamiento”. Como ella dice:

antes de pensar lo que nos interesaría realmente preguntar-analizar-decir-escribir, por curiosidad, por pasión, por ludicidad, por impulso creativo, es imprescindible identificar cuál es la revista científica más conveniente para publicar y recibir una mejor nota en la evaluación, y ver cómo escribir para que el artículo tenga posibilidades de ser aceptado en esa revista. (Segato y Álvarez, 2016, p. 206)

Con esto, las actividades mentales amatorias se tornan grises y carentes de vida. Las preocupaciones se alejan de las inquietudes personales y la posibilidad de apertura de un diálogo auténtico. Se trata solo de cubrir áreas de vacancia, labrar fama, obtener reconocimiento y abrir puertas para un mejor puesto de trabajo. Quizá se podría pensar que gran cantidad de hombres dejaron de amar a la sabiduría y rompieron sus lazos de amistad con el conocimiento. Puede que muchos sólo se hayan abocado a adorar a las revistas bien indexadas y a hacer cálculos para recibir un reconocimiento traducido en una pseudo protección intelectual.

En cuanto a la situación de los profesores, la situación tiene otro tipo de complejidad. Como se sabe, “a lo largo de la historia de la filosofía es posible

¹¹ Esto se puede observar desde que, para muchos de los organismos que patrocinan a los intelectuales, las publicaciones en actas parecen no tener ningún valor académico en comparación con las que se pueden realizar en ciertas revistas. Incluso se puede señalar el modo en que una publicación individual termina valiendo mucho más que una hecha en conjunto con un otro pese a la riqueza del esfuerzo que implica.

hallar una postura sobre la enseñanza de la filosofía que tiende a despreciar la práctica de la misma o a considerarla como un mal menor para el filósofo” (Obiols, 2002, p. 57). Muchas veces está la creencia de que las prácticas de la enseñanza no llegan a los talones de la sublime tarea reflexivo-investigativa de la Filosofía. Así, se encuentran posturas que afirman que “un profesor de filosofía no es un filósofo (...) en el sentido académico del término” (Santa Olalla Tovar, 2016, p. 277).

El problema con esto es que se dejan de lado toda una serie de aportes surgidos durante las últimas décadas. No se debe pasar por alto que desde los años 80 del siglo XX y de la mano de distintos pensadores argentinos la Enseñanza de la Filosofía se constituyó como rama problemática de la Filosofía (Colella, 2020). Se admitió que el profesor en Filosofía tenía la capacidad para reflexionar filosóficamente y que esto podía ocurrir en el aula junto con el estudiantado (Cerletti, 2008).

Naturalmente, en su momento estas ideas generaron notables resistencias epistémicas. Es por eso que incluso hoy en día quedan resabios de las miradas tradicionales que ven en la Filosofía un conocimiento que no habita verdaderamente en los salones pertenecientes a los distintos niveles educativos. Se desconoce la posibilidad, sencillez y fortaleza de una subjetivación filosófica trascendente y trashumante.

Con todo esto dicho, pareciera que existen razones para no identificar a los profesores ni a los licenciados ni a los investigadores en Filosofía con los filósofos. Desde distintos lugares se alegan limitaciones e impedimentos. Pero que esto esté dado, no significa que no tenga que ser repensado. Todo tiene que ser colocado bajo la lupa de un análisis minucioso que favorezca la crítica.

Propuestas para repensar una situación actual

Volviendo a lo dicho, desde ciertos puntos de vista, el filósofo se puede identificar con el profesional en Filosofía. Se cree que los estudios superiores

de quienes se abocan a la llamada madre de todas las ciencias los vuelven legítimos herederos de una compleja actitud de raíz milenaria. No importa demasiado el tipo de formación siempre y cuando sea en Filosofía. El “título” de filósofo se puede entregar a quien quiera que haya aprobado todo un conjunto de asignaturas -mayormente históricas y problemáticas- a cargo de gente que se supone y entiende que es capaz de dictarlas.

El inconveniente con esta visión es que se asienta sobre supuestos delicados y difíciles de mantener. No porque alguien haya leído Filosofía o pueda explicar el contenido de algunas de las corrientes filosóficas más relevantes al interior del canon que se estila en las universidades, puede estar en condiciones de filosofar. Que se sepa cómo procedieron algunos filósofos frente a sus objetos de interés, no significa que se pueda replicar su labor. Además, no todos los que cuentan con conocimientos relativos a la Filosofía están necesariamente interesados en filosofar.

Desde otras perspectivas, ancladas a parte del imaginario social, el filósofo se constituye como sujeto raro y de carácter excepcional que adquiere su estatus como resultado del reconocimiento de un grupo de académicos de sólidas trayectorias institucionales. El investigador es alguien que lee, que se especializa en un tema -o un grupo de temas acotados, pero generalmente interrelacionados de manera profunda- y que se dedica a generar publicaciones en torno a ello. No obstante, puede no llegar a adquirir el reconocimiento para ser llamado filósofo ni encarnar el espíritu filosófico original que se interesa por el entramado de la realidad en su conjunto. El profesor parece incapaz de realizar tareas investigativo-reflexivas y se toma como parte de un grupo de gente con una conexión más superficial con la Filosofía y que tiene un potencial creador limitado cuando no nulo.

Por supuesto, esta mirada que todavía cuenta con un buen número de adeptos es vetusta y merece ser repensada. Quizá sería importante preguntarse si las viejas estructuras deberían seguir teniendo su actual

validez y los modos en que se manifiestan los discursos que acompañan los procesos de profesionalización. Cuando se incurre en un olvido -intencional o no- sobre el posible carácter de filósofo del investigador o el profesor, se comete una falta importante. Por medio del juego de ausencias se transmite un mensaje cargado de subestimación y limitaciones al interior de una comunidad que podría tener menos diferenciaciones.

La Filosofía se precia por poseer una actitud crítica, así como un ávido deseo de desnaturalizar lo obvio. Pensándolo así, en el manejo de racionalidad que es, hay una pulsión instintiva indomable. Sin embargo, mientras más cercano es algo, resulta más difícil analizarlo con objetividad. Así, la idea de los miembros de la comunidad filosófica y el modo en que se identifica al filósofo, son temas desafiantes en su estudio.

Por las condiciones contextuales de los tiempos que corren, no se podría pensar en una respuesta afirmativa ante la pregunta que se plantea Bernat Castany Prado (2022) sobre si se podría tomar a la Filosofía nada más que como “el deseo de frecuentar a aquellos autores, textos o amigos que admiramos, con el deseo de merecer su intimidad, su comunicación y su respeto” (p. 178). Pero eso no quiere decir que se tengan que dejar de considerar los elementos allí subyacentes.

Recuperando lo que plantea Dante Alighieri (1919):

no se debe llamar verdadero filósofo al que es amigo de sabiduría por *utilidad*, como lo son legistas y médicos, y casi todos los religiosos, que no estudian por saber, sino por adquirir dineros y dignidades; y si les diesen lo que pretenden adquirir, no recurrirían al estudio. (p. 63)

El gesto filosófico tanto fundamental como fundacional tiene que ver con el deseo, el amor y la amistad en relación con el conocimiento. En este sentido, se trata de algo que está más allá de brindar una remuneración y que ciertamente no se puede comprobar a través del número de publicaciones,

participaciones en eventos o percepciones sobre la calidad de las clases que se dan. No es algo cuantificable, medible o reconocible desde una evaluación exterior. Es algo que atraviesa lo más íntimo de un sujeto y que sólo el propio sujeto podría ser capaz de reconocer.

Siguiendo esta línea de pensamiento, las catalogaciones que se hacen sobre quiénes son filósofos resultan ser vacías las más de las veces. Se puede reconocer la capacidad y calidad de los trabajos realizados en distintos ámbitos, pero jamás se podría saber con seguridad lo que hay de fondo o el grado de pasión existente. Se puede afirmar que hay labores intelectuales profundas y perfectamente adecuadas a las exigencias de un medio y un tiempo, pero no se puede sostener nada sobre el carácter genuinamente filosófico que podría tener.

Volviendo sobre las ideas de Dante, se puede pensar en qué es lo que sucedería si a los profesionales a los que se llama filósofos se les retirara toda retribución económica por lo que hacen bajo el nombre de la Filosofía. Si eso ocurriera, puede que muchos de los que se posicionan desde este lugar, terminaran abandonando lo que es propio de su labor, aquello a lo que llaman “filosofar”.

A lo mejor se podría decir que el filósofo es alguien con una vocación muy especial y eso explicaría su delicada posición. Después de todo, como explica Jorge Larrosa (2020), el mundo se encuentra en un estado en que las profesiones son el reemplazo de la vocación. Más precisamente:

la llamada de la vocación (una llamada que [...] viene del mundo, que tal vez tiene que ver con el amor al mundo, con la responsabilidad por el mundo, con el cuidado del mundo), se ha disuelto en lo que serían los gustos, las aptitudes, las capacidades o los talentos de una persona. (p. 53)

Aunque claro, ante este diagnóstico se tendría que agudizar la mirada una vez más. Nadie está en posición de identificar de manera exacta la falta o

posesión de lo que se entiende que es la vocación. En el afán de la clasificación que parece querer asemejarse a una mancia capaz de leer el destino, sólo se puede medir lo que efectivamente se hace y a partir de allí especular.

Tomando una postura relativamente optimista, tal vez se podría pensar en una estratificación entre filósofos. Así, sería viable pensar en las distinciones de Bermejo Barrera (1993) que considera la existencia de filósofos militantes, filósofos estudiosos y filósofos creadores; las que ofrece la UNESCO (2012), cuando habla de filósofos urbanos, filósofos dedicados a la enseñanza y filósofos practicantes (que pueden ser animadores de discusión, filósofos de contenido o filósofos de forma); o la que piensan estudios como Andow (2022), donde se distingue entre filósofos y no filósofos, admitiendo que hay algunos filósofos que se encuentran en un lugar más privilegiado que el de otros por los temas que tratan.

A modo de cierre

Es indudable que en el campo de la Filosofía hay multiplicidad de intereses. Se intenta conocer todo lo que hay y se realizan diagnósticos sobre la realidad. Existe un espíritu inquisidor con la posibilidad de manifestarse de variadas maneras de acuerdo con el médium que se disponga a encarnarlo. No obstante, se debe prestar atención a los objetos hacia lo que se dirige la atención para identificar cuáles son los más y menos frecuentes.

Si este ejercicio se lleva a cabo, se puede notar que lo que resulta más próximo a la Filosofía misma es lo que más se tiende a perder de vista. Es así como la cuestión de su comunidad entra en lo que se podría pensar como un corpus marginal. Pese a los constantes y conocidos ejercicios metafilosóficos, no se advierte la misma cantidad de reflexiones sobre la figura del filósofo.

En lo que se podría denominar una comunidad filosófica, el filósofo parece ser quien tiene el rol central. Por ello es necesario preguntarse con

rigurosidad quién lo es. Después de todo, decir que es quien hace Filosofía es desconocer las distintas maneras de hacer Filosofía y las resistencias que tienen algunos de sus practicantes para llamarse de esa manera. Así, a partir de la sencilla pregunta entran en juego los interrogantes por la identidad de los profesionales en el área.

Por supuesto, esto no se trata de una cuestión menor. Se entretajan aspectos antropológicos, éticos y gnoseológicos. Se apunta al centro de una comunidad que pese a estar dedicada a dudar, parece que no contempla lo que le es más próximo. Así, atendiendo a lo señalado, parece urgente una mirada introspectiva, que llame a la revisión por el estatus de quienes integran el campo de la Filosofía de una manera u otra; que invite a repensar los discursos que se preservan y proliferan mientras se reproduce una concepción acrítica de lo que es verdaderamente un filósofo.

Se requiere de la cuidadosa meditación acerca de las distintas consideraciones existentes para pensar si es que realmente alguna de ellas está bien. Después de todo, es posible que la perspectiva que contempla la identificación total del filósofo con el profesional en Filosofía sea tan inadecuada como la que ve al filósofo como criatura excepcional. Es crucial volver sobre la pregunta de qué es un filósofo e indagar sobre si es alguien que sólo cuenta con algunos estudios, si se trata de un sujeto con la capacidad de utilizar un determinado tipo de lenguaje, si es un académico altamente reconocido y hasta qué punto se puede ostentar el título con seguridad.

En este trabajo se pone énfasis en la idea de que el sentido más primario del amante de la sabiduría tiene que ver con un tipo de relación que se teje con el conocimiento y en la que el deleite es lo más importante, lo fundamental. Con esto, la productividad original, hasta cierto punto, es más bien circunstancial y aún si no sucediera, no implicaría una falta de amor. Lo mismo ocurre con el reconocimiento que se pueda tener independientemente de la manera en que se manifieste.

Aunque claro, no se pretende imponer una visión en particular o desmerecer las consideraciones establecidas desde hace tiempo en diferentes espacios. Sencillamente se busca invitar a continuar pensando una cuestión que se entiende como altamente importante. Sólo así se podría afilar el ojo agudo de la Filosofía, que debería estar siempre dispuesta a revisar con minucia el sentido común y a desnaturalizar lo obvio.

Referencias Bibliográficas:

- Alighieri, D. (1919). El Convivio. Espasa-Calpe.
- Andow, J. (2022). How do philosophers and nonphilosophers think about philosophy? And does personality make a difference? *Synthese*, 200, 162, 1-39, <https://doi.org/10.1007/s11229-022-03639-5>.
- Bauman, Z. (2000). Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica.
- Benavides Martínez, B. (2019). Teoría y cambio en la sociología de las profesiones. *Humanitas Digital*, Núm. 44, Vol. II, 28–56. <https://humanitas.uanl.mx/index.php/ah/article/view/160>
- Bermejo Barrera, J. C. (1993). ¿Qué es un filósofo? *Contextos*, XI, 21-22, 77-109.
- Bunge, M. (2001). Diccionario de Filosofía. Siglo XXI.
- Blanco Echeverry, M. (2022). ¿Cómo entender la identidad profesional hoy? *El Ágora USB*, 22 (1), 426-443. <https://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/4694>
- Castany Prado, B. (2022). Una filosofía del miedo. Anagrama.
- Cerletti, A. (2020). El deseo de filosofía y la reflexión sobre el presente. En *Ensayos para una didáctica de la filosofía* (33-41).
- Cerletti, A. (2008). La enseñanza de la filosofía como problema filosófico. Libros del Zorzal.
- Cerletti, A. y Kohan, W. (1997). La filosofía en la escuela. Caminos para pensar su sentido. Universidad de Buenos Aires.

- Colella, L. (2020). La enseñanza de la filosofía en Argentina: de la consolidación de un campo especializado a los bordes de la institucionalidad. *Revista Paideia, Revista de filosofía y didáctica de la filosofía*, Núm. 115, año XL, 109-118. <https://sepfi.es/paideia-115/>
- Comte-Sponville, A. (2017). *Invitación a la filosofía*. Paidós.
- Ferrater Mora, J. (2013). *Diccionario de Filosofía Abreviado*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Fitzgerald, A. (2020). Professional identity: A concept analysis. *Nurs Forum*, 55 (3), 447-472. doi: 10.1111/nuf.12450.
- Gauna, R. (2010). Acerca de la centralidad de la pregunta en filosofía. En *Pensar en comunidades* (pp. 37-43). EUNSa.
- Heled, E. y Davidovitch, N. (2021). Personal and Group Professional Identity in the 21st Century Case Study: The School Counseling Profession. *Journal of Education and Learning*, Vol. 10, Núm. 3, 64-82, <https://doi.org/10.5539/jel.v10n3p64>
- Herrera Restrepo, D. (2005). ¿Qué significa ser filósofo? *Revista Folios*, Núm. 22, 5-10.
- Jaggar, A. (2012). Philosophy as a Profession. En *Teaching Philosophy Today*, 161-175. <https://doi.org/10.5840/tptoday201239>
- Jaspers, K. (1953). *La Filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Larrosa, J. (2020). *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*. Noveduc.
- Obiols, G. (2002). *Una introducción a la enseñanza de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Olson, E. T. (2023). Personal Identity. En Zalta, E. N. y Nodelman, U. (eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/entries/identity-personal/>
- Oyserman, D.; Elmore, K. y Smith, G. (2012). Self, Self-Concept, and Identity. En Leary, M. R. y Price Tagney, J. (eds.), *Handbook of self and identity* (pp. 69-104). The Guilford Press.

- Rabossi, E. (2008). En el comienzo Dios creó el canon. Biblia berolinensis. Gedisa.
- Rabossi, E. (1984). Enseñar filosofía y aprender a filosofar. Cuadernos de Filosofía y Letras, Vol. VII, N° 3-4.
- Santa Olalla Tovar, M. (2016). Enseñanza de la filosofía: una creación común del lenguaje. En Lobosco, M. (comp.), IV Jornadas de Política Educativa en Filosofía "Gregorio Weinberg": Espectros de la Filosofía. Los estados generales de la educación filosófica y su intervención en la vida democrática (pp. 273-286). Biblos.
- Segato, R. L. y Álvarez, P. (2016). "Frente al espejo de la reina mala". Docencia, amistad y autorización como brechas decoloniales en la universidad. Versión. Estudios de Comunicación y Política, Núm. 37, 201-216, <http://version.xoc.uam.mx/>
- UNESCO (2011). La Filosofía, una Escuela de la Libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro. UNESCO.
- Villoro, L. (1989). Creer, saber, conocer. Siglo XXI.

Recibido: 11 /06/2025

Aceptado:04 /09/2025

Cómo citar este artículo

Elías, C. T. (2025). Un tema de discusión en la agenda de la comunidad filosófica: la distinción entre profesores, investigadores y filósofos. RevID, Revista de Investigación y Disciplinas, Número 13, pp. 42-66